

SUMARIO

dillo en la sierra, por Salvador Rueda. — Palique, por Clarín. — Humoradas, por E. de Campoamor. — Si yo tuviese dinero, por M. Ossorio y Bernard. — Crepúsculos, por Marco Aurelio Serrano. — Carta semanal de Londres, por B. de Oya. — Desde el Boulevard, por E. Blasco. — Libros nuevos.

IDILIO EN LA SIERRA

NOVELA ANDALUZA

XXI.

LA FIESTA

Pues con semejante instrumento, a quien unos llaman la compañera de las penas, otras, más dados a nombres macaenos el órgano, algunos la sentida, y otros la vihuela, dió comienzo la zambra de aquella noche, que fue entretenida y llena de incidentes. No podía por menos de ser así, si se reflexiona en la comunidad de causas dentro de tan variados caracteres como formaba la parte, pudiera decirse psicoidgia, de la fiesta.

Al exterior, todo era disimulo, estudiado fingimiento encaminado al fin de no hacer traslucida la idea de la cita que accionaba en todos los cerebros.

Guardábala cada cazador como oro en paño temeroso de que pudiera pescarla un compañero; y un secreto tan conocido de todos (aunque ninguno estaba en que el otro lo sabía), era una vulgaridad transformada en cosa rara por la cuidadosa prudencia y el afán de ocultarla de cada uno.

Era, aquello el secreto del seron, pero a la inversa; en vez de oír todos las mismas palabras de una sola voz que las pronunciará quedas, las había recogido cada oreja, particularmente, de la voz misma; y claro es que como la vulgaridad se había distribuido en porciones aliadas, cada hombre se relamía de gusto en su interior creyéndose el único elegido, el único citado por la moza. En suma, lo que cerebro por cerebro creían ser un autógrafo hablado, que guardaban a modo de humanos fonógrafos, no era sino una cómica circular remitida a cada entendimiento.

¡Qué miradas de mal oculta compasión y de satisfecho orgullo dirigíanse unos a otros, como diciendo: «Quita de ahí, pobrete: ¡este cura es el que va a decir esa misa!» Unicamente al hacerse esta reflexión el cura auténtico que figuraba en el cortijo y que también se había metido en la colada, equivocábase solo a medias, porque cura era efectivamente y decía misa, pero no diría aquella que cada cual quería aplicarse por su alma.

Con este interés germinando en cada pecho, y yendo a reunirse todas las miras ocultas a un mismo punto, estremeció la primera seguidilla los aires y comenzó el drama amoroso. Drama, sí, porque la letra de la copla salió diciendo guerra de labios de uno de los hombres desafiados por la trianera, el cual parecía insistir, de un modo embobado, en su propósito.

He aquí, como decía la copla:

Me acerqué a una colmena llena de amores que tiene en sus panales miel de mil flores; y al acercarme, salieron la abejas para picarme.

Sensible como pocas la piel de la nerviosa hembra, de Mercedes, al acero de los flechazos, recogió la indirecta y se la guardó hasta devolverla convertida en copla.

Con frecuencia, sobre todo en los pueblos fiesteros, se tropieza en Andalucía con personas que improvisan, mal o bien, cuando se ven precisadas a ello; y una idea que conciben, un sentimiento que desean descubrir, los exponen hechos arte vivo y genial.

Desde un punto distante al en que Jaraga, (serio y mohino y sin haber cambiado palabra con Mercedes desde la disputa) hacía como que en escuchaba siquiera la fiesta, la criada de D. Leopoldo, que necesitaba mucha agua para ahogarse, acusó el botonazo recibido, como buen espadachín, y cantó con el hondo sentimiento de los gitanos:

A afanar unas mieles zalero y ole! vino un zehorítongo que le antojó. Y e lo má fiero, que la miel no se jizo... ¡ole, zalero!

No hay que decir que los siete versos que venían a poner de oro y azul al provocador de la copla, parecieron a Francisco de perlas, y que la miel a que simbólicamente se aludía, aplicada a tipo como el que había cantado anteriormente, venía a ser lo que se llama miel sobre hojuelas.

A Francisco, que en aquel cuadro no venía a ser más que una figura de último término, solo le tocaba oír, ver y callar. No porque no hubiera encontrado qué decir a tanto entremetido como en sus barbas mismas se ponía a decir lindeszas a su novia, sino porque Jaraga se cobijaba y se le pegaba labio con labio al pensar lo que era, nada, la última palabra del Credo, y las personas que componían la fiesta eran amigos del dueño de la casa; gentonas, como quien dice, al lado suyo.

Por otra parte, qué le restaba que hacer sino tragar, diluidos en una sola pócima, ira y pena, hallándose, como se hallaba, solo en su solo cabo, y habiendo llegado a ser digno del desden absoluto de Mercedes?

En frente de la actitud que había tomado de devorar sus penas en silencio (quizás por condescender a las indicaciones que le hicie), solo tenía otro partido: el de marcharse de la casa, el de renunciar a lo que ganaba en el cortijo, y huir sin ilusiones ni fortuna a restañar sus heridas en lejanos lugares.

Pero esta idea no cabía de ningún modo en su cerebro. Era necesario ver por sí mismo de que una mujer podía ser tan traicionera.

Vino a sacarlo de este pensamiento, la voz del dueño de la casa, que dijo:

—Esto es necesario que se anime; aquí tiene que cantar y que bailar todo el mundo. Quien no saque a Mercedes al baile, se queda sin probar el vino esta noche.

Y el vino, del propio cosechero, apareció escanciado en copas de cristal tenue y ligero, dignas de encerrar aquel zumo de vitas ya provecho, pues había dormido en las botas de la bodega un sueño de cerca de cien años.

Alargó don Leopoldo la primera copa a los dos que habían roto la primera lanza, a los dos que habían cantado, y —Porque eso se arregle— dijo poniendo el cristal en manos de la moza.—Pártala usted con el zángano que ronda esa colmena.

Cogió Mercedes la copa, púsole en lo alto, y la besó en la base después de apurar el contenido, exclamando:

—Laz parturaz, pa los terzios de cajas y pa los zeronos; esta no zale ya de la zeportura.

—Que se le va a usted a subir al campanario, prenda; es un vino de muy mala intención—dijo uno.

—¡Poz a güena parte viene!—repuso saltando quina la gitana.

—Si no hay más remedio que ganar a copa por seguidilla—añadió otro al diálogo—no ha de eriar la mia telarañas; allá va.

Y echó al aire esta copla:

Para beber, los labios forman un beso, que en la copa en que bebe, dejan impreso. Canto contigo por beber en la copa donde has bebido.

No hizo esperar mucho Mercedes la respuesta. Más ligera que un rayo espetó esta seguidilla que llevaba en el último verso la fecha:

Dicen que la memoria cae en el vazo en donde una prezona pone los labios. Yo al beber deajo, cuando me paje, azuca; zino, meneno.

—¡Olé las mujeres con la sangre liger! exclamó en un arrabato de entusiasmo Nalgatorio, el cual hizo a todos reír por lo flamenco de la salida, cuando de lo más lejos que debía estar aquel hombre era de lo flamenco.

Hasta a los que tienen la espada colgada se les alegran las pajarillas—exclamó otro del grupo ridiculizando el brio amoroso del buen hombre.

—Lo que es eso de tener la espada colgada no es muy cierto—repuso a la objeción el aludido.

Y sin más ni más, con voz que remedó el graznido del pato, salió por los cerros de Ubeda, que no por seguidillas, de este modo:

Aunque dicen que ha tiempo colgué la espada, todavía, gracias a Dios, siento pasión mi alma. Y si estoy grueso, es porque no me cabe de ningún modo tanto querer dentro.

—¡Ay! ¡Malhaya zea zu etampa de uzte, que tié uzte un oro como un cerrojo—exclamó, como si la hubieran dado un alfilerazo, Mercedes.

—El no cantaré bien—repuso el dueño de la casa;—pero su copa de rancio nadie se la quita; lo que hace falta es que los demás sigan su ejemplo.

Se animó mucho más, con esto, la fiesta, y no sé por dónde salieron a relucir al concurso unos palillos, crotales, ó castañuelas (que a docenas tiene voces para todo esta hermosísima lengua española), y tírdolos uno de los presentes en la falda de la moza en son de desafío para el baile.

Colgóselos en los dedos la mujer mirando de reojo a Jaraga, a quien quería hacer ver que si él no le gustaba que ballase la tenía sin cuidado, y la pareja quedó colocada en medio del círculo de gente dispuesta a perseguirse en el asombrado traspon de las mudanzas.

Hervía en el pecho a uno de los que componían la zambra el orgullo de verse citado por la joven, y no sabiendo cómo decir de algún modo lo que le tenía tan fuera de sí, vació en el molde de un cantar su sentimiento, y se expresó de la siguiente manera:

Ya sabes que a la hora, niña, te espero donde sé y donde sabes que hemos de vernos. Mi ansia es tan grande que hallo un siglo de vida por cada instante.

—¡Se habrá pescado algo éste de mí cita con la moza—frá diciéndose cada uno para sí después de oír la copla—y será una indirecta la tal seguidilla!...

Fueron todos, uno tras de otro, sintiendo el recelo de no haber sido lo bastante disimulados para ocultar el secreto, y conociendo la mujer que, efecto de la copla imprudente, eso debía de pensar en su interior cada hombre, se apresuró, conforme bailaba, a desvanecer temores y dudas, y añadió a la sarta de cantares este:

Zé la hora y el zitto onde a uno espero, a un gachi que me quiero porque lo quiero. Pero ez zabío que no ez ez el llamado ni el elegio.

—¡Claro, como que soy yo!—se dijo para su capote cada cual de los que tenían dada cita, y la tranquilidad fué pasando de pecho en pecho, llevada por la estratégica copla de la gitana.

Respiraron algunos fuerte, como si les hubieran quitado un peso de encima otros dejaron asomar una risa de triunfo a los labios, regodeándose en la esperanza de lo mucho bueno que para poco después les esperaba, y cada corazón quedó como una balsa de aceite.

Tan solo Jaraga, al oír decir en su seguidilla a la gitana que no era quien creía serlo el llamado ni el elegido, pensó que bien pudiera ser él, Francisco, la persona a quien tenía que ver en una cita Mercedes, cita que aunque no se la había dado, no sería acaso darsela.

Pero no bien concibió este rayo de esperanza, cuando cayó del burro, como cayó el cantaro de la cabeza, de la leche-

ra, y en la caída dejó maldichas y pisoteadas sus ilusiones.

Ocasiónó este mal efecto en Francisco el brusco recuerdo de la cita que a su presencia, mientras él estaba metido en el escondite, dió la mujer al galanteador que por la mañana hubo de declararle su pensamiento. A ese debía de ser a quien esperaba Mercedes a la hora convenida, en sitio que Dios sabría cual era. ¡Si Francisco pudiera averiguarlo! ¡Si él hubiera podido oír la hora y el lugar de la cita, no se pasaría el favorecido por la moza sin saber aquella noche a lo que olía la pólvora de un tiro a quemarropa. Pero ¡cómo había de saber nada Francisco! ¡Por vía e Cristo Padre! ¡Por vía e María Santísima!

La verdad es que tampoco sabía yo si entre tanto hombre citado en falso, la tramoyista dió cita de veras a alguno que no le pareciera costal de paja. Todo cabría en lo posible. Pero lo curioso hubiera sido saber qué persona, caso de que hubiera gato encerrado, era la predelecta de mujer tan exigente en cuestión de gusto.

Rumiando con el pensamiento su parte correspondiente en la trama de este cuadro se hallaba cada cazador, cuando estalló otra seguidilla, que transcribo tal como la oí. La entono un rubio, hasta la saciedad, que de repente salió y quitó al bailador la pareja; decía así la copla:

En el iris mezclados van los colores como en los corazones van los amores. Yo yo deseo mezclar, niña, lo rubio con lo moreno.

A lo que contestó, a poco, la moza mientras repicaba con aire los palillos y describía curvas arrogantes con el cuerpo.

Bien está la mazorca zola en la huerta to a la calabaza su compañera; que lo moreno guarda para el ingrato que hay en mi pecho.

—Por si no te habías enterado; ¡tome usted moreno y rubio y mezcla de colores—añadió riéndose D. Leopoldo.—Mercedes—añadió—dure con ellos y que no se diga que aquí no se paga con creces lo que se recibe.

Todo el mundo vaciaba ya copas de firme, y la atmósfera se había cargado más de lo conveniente.

Con varios tragos demás en el buche, todo hombre se siente ruseñor y quiere echar afuera lo que le escarabajea y atesiga. Se cantó, pues, y se bailó de lo lindo, y la broma adquirió tonos que no son transcribibles para el libro. Mercedes desapreció de la fiesta, cerca de las doce, sin que nadie lograra saber dónde se había metido.

Y como creyeron algunos, los que tenían la cita más temprana, que la huida de la mujer pudiera significar que había llegado el momento supremo, inadvertidamente fueron desapareciendo hombres del corro, y la fiesta quedó en cruz y en cuadro.

Solamente en la explanada del cortijo bailaba a la luz de la luna, cuando día una de la mañana, una persona: era Nalgatorio, a quien la chispa le había dado por la coreografía y traqueteaba el mondogo en la soledad, sin notar que nadie observaba sus mudanzas. Bailaba por movimiento adquirido, como la rueda dá algunas vueltas después que ha cesado la impulsión.

(Se continuará)

SALVADOR RUEDA.

PALIQUE

Discuten algunos colegas muy seriamente si Lagartijo debe retirarse ó no... del estadión de los cuernos, del ágera nacional; de otro modo, si debe tonusarse la trenza de sus cabellos. Si hubiera toros, es decir, toros públicos, en Inglaterra, como hay otras barbaridades, y si Lagartijo fuera mister Lagartijo, es posible que se considerase como un ataque al self-government estas disposiciones de los periodistas acerca de lo que debe hacer Rafael con el pelo de la nuca.

Como decía un aficionado anglomano, esto es meterse en el habeas-corpus.

Algo de habeas-corpus hay en el consejo de los que piden a Lagartijo que se retire. Para guardar el cuerpo y conservarlo hasta la vejez no parece mal expediente el de abandonar la plaza; pero en rigor y pensando bien, fuera del ruedo el maestro correrá no menos riesgo y con menos gloria. Al fin en el redondeo está al quite y salva la vida de los pobres picadores, a quienes días atrás aconsejaba mi amigo Sepúlveda que fueran imprudentes. Si se retira Lagartijo se marchitarán sus laureles y él seguirá viviendo de milagro, como todos los espafíes que nunca han tomado nada, ni siquiera la alternativa.

Donde quiera que se vaya a vivir Rafael, si no abandona la patria, habrá un cacique; y un cacique es un toro en sesión permanente, quiero decir que de las cornadas ó de las coces de un cacique que se va al bullo no nos libra nadie ni por un solo momento. Si Lagartijo se mete en política y vota, viene el cacique de los otros, y ese le ensarta; si se va con los otros, viene el cacique de estos, y ese le pilla; si se corta también la coleta política y se mete... en su casa, al mismísimo sagrado home le van a buscar los caciques (el de estos y el de los otros) por conducto de la contribución, del pleito, de la causa, en fin, oficialmente, porque para eso están el alcalde y el juez y el gobernador y el delegado de Hacienda y hasta el obispo.

Pero supongamos que de milagro libra Lagartijo de las garras del caciquismo. Bueno; pues una de dos: ó será revolucionario a una fecha, ó no será revolucionario ni a una fecha ni a la vista, ni a nada.

Pero si es revolucionario, le perseguirá el gobierno, y si no lo es le perseguirá el marqués de Santa Marta. No hay escape. Esto sin contar con los accidentes de los ferrocarriles, las lecturas del Ateneo y los dramas que estrenarán en la

próxima temporada los autores nuevos en el Español.

Hay multitud de chicos que están preparándose para ser los Esparteros del clásico redondeo, digo rectángulo, ó lo que sea, de la plazuela de Santa Ana.

Así como Ruiz Zorrilla estorba a unos y Lagartijo a otros, no falta quien proteste contra el monopolio de Echeagaray y quiere borrar de nuestra memoria su nombre, como borra la ola el que se escribe en la arena, llenando tres actos de ripios que se encargaran de interpretar las faringes respectivas de Donato Jiménez y demás González y Fernández de carácter del teatro Español. Yo no me opongo a que el mundo marche, como decía Pelletan padre, aunque se llame marchar a que el Sr. Dicenta y otros así escriban obrucas de un romanticismo tramuchado y trasconeado; pero lo que sí veo con malos ojos es la lista de la compañía que ha de actuar en el clásico caliseo.

Rafael Calvo era un actor muy notable, pero este mérito no es una acción que se puede heredar como un crédito cualquiera. No basta un apellido que evoca recuerdos gloriosos; para llenar la escena que debiera ser la primera de España.

El gobierno, que se mete en tantas cosas que no le importan, debía cuidar un poco más de las glorias literarias españolas que son parte del patrimonio nacional. ¡O es que el gobierno estima que no son cosas útiles, verdaderos bienes las cosas que tangi non possunt?

Es mucho más discutible si el Estado puede ó no fijar una tasa a las horas de trabajo, que esta otra cuestión de si el Estado puede y debe proteger el arte nacional. El Estado que tiene academias y tiene universidades, con motivo más fundado puede y debe tener un teatro nacional. Pero, entendiéndose, que tener aquí significa pagar. Es claro que no pido yo que se representen las comedias que quiera Isasa. El gobierno está ahí para dar los cuartos. ¿A qué teatro? ¿A todos? No, a uno solo. ¿En dónde? En Madrid.

Aplicada a ciertos casos, la descentralización es una tontería mientras no progresen muchísimo un país. Cada gran nación se contenta; hoy por hoy, con tener un emporio, una ciudad modelo en todo aquello que no es fácil que abunde. Las cosas del arte refinado, los productos de la aristocracia intelectual, necesitan, hoy por hoy, grandes núcleos. Lo cual no significa que los grandes escritores, músicos, pintores, etc., necesiten ser vecinos de la capital. No es eso. La corte intelectual hace falta, como núcleo; y la facilidad de las comunicaciones y el gusto creciente por la vida en el campo, en los pueblos tranquilos, concilian esa necesidad del centralismo espiritual con la tendencia natural y hasta higiénica a la expansión, a la diversidad de climas, paisajes, según el temperamento, las costumbres, la herencia de cada cual.

Así, los ingleses tienen su centro, Londres; y muchos hombres eminentes, ingleses que no intervienen en un modo constante y directo en los negocios públicos, habitan lejos de la gran colmena. En París hay centenares de lo mismo. De este modo se obvian algunos de los inconvenientes de la centralización intelectual, que es, repito, indispensable en el grado de civilización actual. Llegará día acaso en que estos núcleos se dilaten y en que toda la nación sea centro ideal de sí misma; pero esto es un desideratum de cumplimientos muy lejano. Hoy, por hoy, todo lo que sea contribuir a acercar la llama central del genio de una nación, como la nuestra, como Francia, y otras así, es antipatriótico. Pues bien, aplicando todo lo dicho a mi asunto, el teatro, es claro que la obligación de proteger el español se refiere inmediatamente al teatro nacional cuya escena está en Madrid. Debe ser un solo; pero debe ser cosa buena, seria, grande, digna de la justa fama, de que gozan en el mundo nuestros clásicos dramáticos.

Nuestros pintores antiguos y nuestros poetas del teatro, antiguo también, son de las pocas glorias españolas que los extranjeros ilustrados admiran con sinceridad. Todo el mundo cree en el valor del teatro Español. Y el gobierno que paga, en parte, una compañía de ópera italiana, no tiene cuatro cuartos para impedir que el teatro español esté en manos de unos apreciables caballeros, llenos de buena intención, uno de ellos distinguido galán segundo, otro barba... sin peinar, y los demás respetables desconocidos!

Esto no puede ser. Un plan completo de reforma teatral es cosa muy complicada. No ha nacido el Lessing español que pudiera arreglar esto. Pero ahora no se trata de grandes planes ni de filosofías.

Se trata de impedir que el Teatro Español continúe como en estos últimos años.

¿Quién puede remediarlo? Hasta cierto punto el gobierno.

¿Cómo? Con pesetas.

Solo el dinero puede resistir a la corrosiva acción del mal gusto. Solo el dinero puede conseguir que Calderón, Lope, Tirso, etc., etc., tengan las estatuas vivas que merecen, como las tienen en Inglaterra Shakespeare y en Francia Racine y Moliere. Esas estatuas vivas son los actores buenos representando, como quien asiste a coro en una catedral, representando las obras clásicas de los poetas clásicos.

Si a las generaciones nuevas que no han visto bien representadas nuestras buenas comedias, se les asegura un rincón sagrado donde el hogar del buen gusto jamás se apague, a la larga, esas generaciones nuevas emendarán sus errores estéticos en gran parte y acudirán a rendir homenaje al arte verdadero.

Para conseguir esto hay que hacer muchas cosas, pero todas ellas con pesetas. El dinero por delante, y no faltará en que gastarlo con orden y provecho en bien de la escena española. CLARÍN

HUMORADAS

Como van las malditas experiencias Nuestra fe invalidando En cada año que pasa, voy echando Una pata de palo a mis creencias.

Si en la senda del mal te vea perdida, No sigas adelante: Para volver al bien, en esta vida, Todo momento es el supremo instante.

No deja verte bien ni un solo instante La inundación de luz de tu semblante.

Pasando de la pena a la alegría, Nuestra alma es el retrato De esa móvil campana que en un día Toca a boda, a agonía, A oración, a bautizo y a rabato.

Soy, en pensar que me amarás un día, El ciego que soñaba que veía.

Un rizo de tu rubia cabellera Es la gloria mayor de mi destino; Si, como hecho, es un trapo una bandera, Como idea, es un símbolo divino.

Me dijo «Si» con tan discreto modo, Que no lo oyó ni Dios, que lo oye todo.

R. DE CAMPOAMOR

¡SI YO TUVIESE DINERO!

¡Cuántas veces habrán oído ustedes pronunciar la frase que sirve de título a estas líneas, y cuántas veces se habrán quedado en ayunas de lo que harían, si tuviesen dinero, los que la pronuncian!

Si el pensamiento pudiera completarse en breves párrafos, es seguro que oirían ustedes:

—Si yo tuviera dinero... no volvería a darme filetes de perro y sopa de estropajo y fideos mi patrona D. Ciriaza Bermúdez, en el callejón del Mellizo. Me mudaría al Hotel de París y comería una vez en mi cuarto y otra en la mesa redonda. Luego no tomaría ya nada hasta las diez de la noche en que cenaría en Levante cuatro ó cinco chulutas y al anegarme al sueño comería cualquier friolera en el hotel.

—Si yo tuviera dinero empezaría por pagar las retenciones de mis usureros y en dimitir mi destino de escribiente, por no estar de acuerdo con la marcha del gabinete. Después me consagraría a amar y a ser amado por una mujer inglesa. Yo sembraría de cascarras de fruyta la puerta de su casa; establecería en sus escaleras, al anochecer, cordones tirantes para que, enredándose en ellos, las bajarán de cabeza; compraría un baso cervatana para agujerear los cristales de su casa, y llevaría siempre conmigo una jeringuilla cargada de aceite para estropearles todos sus trajes.

—Si yo tuviera dinero, pondría un cuarto a Luisa, otro a Leonor y otro a Trinidad; regalaría un aderezo de brillantes a la bailarina Estrella; llevaría a Juanita, la corista, en coche al teatro, y durante el verano me dedicaría a conquistar amazonas y gimnastas. No por eso sería mal esposo, ni olvidaría a mi pobre mujer; por el contrario, la compraría un buen manto de lana y una cruz de azabache.

—Si yo tuviera dinero, me marchaba inmediatamente de Madrid y me olvidaba del nombre español. Viena, Londres, Roma, París... esa es la felicidad.

—Si yo tuviera dinero, fundaría un asilo nocturno para los niños abandonados, a semejanza de los que existen en otras capitales extranjeras. Consagraría a la caridad verdadera lo que tantos otros dedican a la filantropía, y el socorro y el trabajo, pan y esperanza para las clases necesitadas, visitaría a los desdichados en su miserable hogar, sin que éstos supieran la procedencia del bien que recibían.

—Si yo fuese rico, me casaría con la hija de algún título arruinado.

—Si yo tuviese dinero... se lo prestaría al gobierno.

—Si yo fuese rico, tomaría una empresa teatral, que ha de ser cosa muy dispendiosa. Pagaría los sueldos que se les antojaran a todos los artistas célebres; pediría dramas a los autores, les adelantaría fondos sobre ellos y hasta les compraría algunas de sus obras, propiedad y nombre, para ceñir a mi frente los laureles del genio.

—Si yo tuviera dinero, compraría todos los juguetes cómicos que se han estrenado en Madrid en los teatros de guerra, desde hace cinco años, y los haría encuadernar lujosamente.

—Si yo fuese rico, encendería los cigarrillos de diez céntimos con billetes de mil pesetas y haría cocer el puchero con brillantes mezclados al carbon vegetal. Compraría un palacio por el placer de prenderle fuego y me pasaría los días haciendo pedazos todos mis billetes de Banco y títulos de la deuda.

—Si yo tuviera dinero, usaría chanclos de goma y capuchón de goma; me mandaría hacer una americana medio milímetro más corta que la que tengo y compraría una docena de guantes colorados con costuras y trenchillas verdes.

—Si yo fuese rico...

Renunció a seguir traduciéndolo e intentando, persuadido de que, a cambio de alguna cosa buena, los que desean ser ricos harían, de serlo, terribles tonterías.

¿Preguntan ustedes ahora lo que haría yo si fuese rico?

Pues nada más sencillo: Renunciaría por completo a causarles aburrimientos con mis escritos y adelantarme a la posteridad, haciendo con todos ellos un auto de fe para depositar sus cenizas en el pantecón del olvido, como diría cualquier cultivador del género onrsi. Ello sí, nunca faltaría quien fastidiara a ustedes con sus tonterías literarias; pero egramente que no tendría yo que acusarme de ello.

¿No habrá por ahí algún capitalista de buen gusto que compre con su testamento mi silencio?

M. OSSORIO Y BERNARD

CREPUSCULAR.

La luz del Occidente con pálido fulgor la tarde laaña, y dora con su rayo el sol poniente...

MARCO AURELIO SERRANO (Colombiano.)

CARTA SEMANAL DE LONDRES

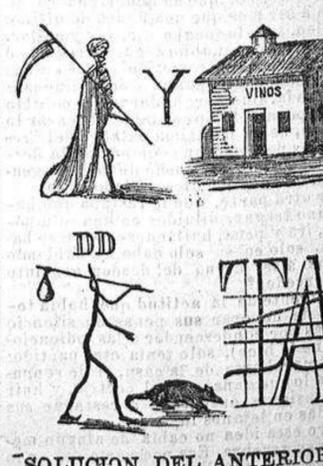
Hace un año próximamente que duran las dos representaciones diarias de la pantomima sin palabras, pero con música...

La llegada de su criado, un negro que le presenta una cuenta para que la pague, lo cual no puede hacer por la sencilla razón de que ya no tiene un cuarto...

Se ha dicho que las autoridades de Singapur piensan prender al sobre cargo y al capitán en cuanto el barco cumpla la cuarentena...

DESDE EL BOULEVARD Más vale tarde que nunca, y nunca es tarde si la dicha es buena. El verano, que no se había dignado presentarse por estas tierras en los meses...

Otros opinan que solo a los muertos se les debe decir la verdad. Sobre la tumba de Grevy, la prensa francesa siembra verdades amargas mezcladas con alabanzas tan justas como aquellas...



SOLUCION DEL ANTERIOR. Sobre tres viejas carabelas parte. Conlon a trocar un mundo de ciencia y otro eterno representado por la Cruz.